

en cuanto a las formas sino también al espíritu. Detrás de esas frentes marmóreas esculpidas por Fidias, alentaba una ecuación ética admirable. Pero esa ecuación no puede alcanzarse por los caminos de un derrotismo tolstoiano o un quietismo gandhiano. El primer paso hacia la elevación del hombre tiene que ser un mejoramiento de las condiciones que hacen nacer odios y rencores. Esto es indiscutible y está en la base de la psiquis como Adler y otros lo han demostrado.

Para obtener el cese de tensión entre las tendencias agresivas en la sociedad humana, hay que paliar muchas injusticias, suavizar asperezas, amortiguar dolores.

Estamos de acuerdo con el autor en que el espíritu estoico está en la base de toda santidad y de todo heroísmo; pero no a todos los hombres podrá exigírseles que sean santos o héroes. Esta es nuestra única discrepancia con el Rector de la Universidad de Concepción, nuestro antiguo maestro en el Liceo de Talca. Aquí, las características de su propia alma han influenciado con exceso al intérprete de la filosofía griega; es su propio espíritu generoso y quijotesco, el que se proyecta sobre las últimas páginas de su hermoso libro. Y esto, naturalmente, no puede restarle méritos, sino agregárselos, si cabe.—JUAN MARÍN.



<https://doi.org/10.29393/At147-212ATDE10212>

DOS ÉPOCAS DE LA LITERATURA, por *Engel Evaroix*. México, 1937

El señor Engel Evaroix es un escritor mexicano, entendemos que muy joven aun. Anteriormente ha publicado otro libro de ensayos: *La vida de un Dios* y es miembro honorario del «Ateneo Díaz Mirón». Con *Dos épocas de la literatura* este Ateneo comienza sus publicaciones.

Este libro es breve de páginas y de contenido muy disperso y esquemático en sus informaciones y afirmaciones. Ha intentado el señor Evaroix, en un escaso volumen, sintetizar los aspectos

tos motrices, esenciales de los movimientos literarios y evolución de la literatura americana de habla española, desde que se inició el modernismo en el continente hasta nuestros días. Se advierte desorden en su composición, no obstante ser fácil comprender que Evaroix ha obedecido a cierto método; pero es más superficial que profundo. Apenas insinúa, nunca desenvuelve las causas o explica los motivos. Afirma, pero sin basar sus afirmaciones. A veces, al lado de opiniones certeras, otras muy aventuradas. La indecisión es manifiesta, siendo la inseguridad de los juicios evidente en numerosos casos, cuando no demuestra verdadero desconocimiento del escritor rápidamente analizado. Este defecto es más visible en lo que se refiere a autores contemporáneos, porque, en general, se observa más tino para enfocar algunos movimientos que a los miembros de los mismos. En cuanto a los escritores anteriores, es más reposado en sus apreciaciones y más preciso para delimitar sus peculiaridades. Por ejemplo, nos parecen muy bien estas palabras sobre Martí:

«Fué más político que literato. Usó de la literatura para hacer política. Su obra es artística, pero no poética; es verso, no poesía. Sus composiciones arabescas no lo hacen que tenga la importancia de su paisano y contemporáneo del Casal. Comentando Carbonell la obra de José Martí, dice que quien llevaba vida tan agitada y trashumante, no pudo haberse dedicado de lleno a la poesía; pero para la crítica esto no interesa, el árbol se juzga por el fruto, y si nosotros conocemos la obra de Martí es por haber sido el último libertador de un pueblo; conocemos al hombre literato a través del hombre político. Su obra está llena de ripios, dejando notar que es adicto a colocar sustantivos y adjetivos de color, donde faltan las ideas. Si José Martí ocupó lugar prominente en la literatura de su patria, no lo ocupa en la del continente».

Veamos ahora la insuficiencia de Evaroix, cuando pretende ubicar un poeta de nuestro tiempo en el casillero de una escuela: «El ultraísmo fué fundado por Guillermo de Torre y Cansinos

Assens; manejado por Alberti, Cernuda, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre. Preconiza el *ultra*, el más allá; es como el futurismo; todo lo que se hace en esta escuela es sólo un apunte de lo que se puede hacer más adelante, que será lo perfecto». Y a continuación el detalle insuficiente, a pesar de sabroso: «Este movimiento tuvo discípulos en América, como el Pablo Neruda de los poemas de amor y la canción desesperada».

Afirmaciones de esta especie invalidan el volumen. No hay seriedad, sí ligereza. Cualquiera que conozca la obra de Guillermo de Torre, discípulo mediocre, en cuanto a poeta, de Vicente Huidobro, y el libro de Neruda a que alude Engel Evaroix se da cuenta inmediata de la falsedad transcrita. Neruda, temperamento esencialmente sacudido por fuerzas interiores, profundamente dramático, sensual y subjetivo en los *Veinte poemas*, nada tiene que ver con la superficialidad amanerada, con el rebuscamiento conceptual y metafórico del autor de *Hélice*, menos con el movimiento que se llamó ultraísta, que en Chile se miró siempre sonrientemente. Con seguridad, el señor Evaroix desconoce la obra de Neruda. De otra manera es difícil explicarse semejante «sotisse».

De Vicente Huidobro, que con Neruda es el único poeta chileno contemporáneo que menciona Evaroix—de otra generación, a don Eduardo de la Barra, a raíz del prólogo que éste hiciera para *Azul*—dice que es uno de los discípulos de Rubén Darío quedados en América, opinión que acaso pudiera tener vigencia para las obras adolescentes del autor de *Vientos contrarios*, o más bien para alguna de sus composiciones iniciales, no así para su labor posterior, en la que Huidobro ha acentuado su personalidad original, su ascensión continua en pos de la diferenciación, desligada completamente de influencias concretas que pudieran señalársele con facilidad en cuanto al conjunto de su obra. Sin embargo, páginas más adelante lo considera, junto con Pierre Reverdy, como fundador del creacionismo, paterni-

dad que han querido adjudicarse, independientemente, ambos poetas, tal vez con más razón el chileno. En todo caso, si fué discípulo lo fué de manera transitoria. Además, casi, por no decir todos los escritores, cuando empiezan son discípulos de alguien. En el tono que lo apunta Evaroux (pág. 25), da entender que todavía lo es.

De todas maneras, este pequeño libro intenta fijar algunas ideas generales respecto a la literatura continental y destacar algunos de sus representantes. No lo ha conseguido sino muy parcialmente, pero el esfuerzo debe señalarse.—A. T.



POETISAS DE CHILE Y URUGUAY, por *Estela Miranda S.*, Editorial Nascimento. Santiago

Con simpatía y entusiasmo, la poetisa Estela Miranda estudia en este libro seis poetisas: tres chilenas y tres uruguayas. ¿Por qué tres chilenas y tres uruguayas?

Sin hacer mayor hincapié en esto, ni en el plan general de la obra, diremos que la autora, después de echar una mirada preliminar al paisaje subjetivo y objetivo de la poesía femenina, lejos y cerca de sí, coge el vidrio de aumento de su entusiasmo y examina en primer término a la poetisa Gabriela Mistral, estrella de primera magnitud en el cielo lírico americano, cuya irradiación «arcangélica» contempla largamente; nos habla en seguida con amor de María Isabel Peralta, delicada y titilante luz que se nos apaga apenas acabada de llegar; de María Monvel, cuya fuerza no sabemos graduar bien, porque brilló en el mediodía esplendoroso de nuestra poesía; y siguiendo hacia el oriente la raya austral de la eclíptica, nos muestra allá a María Eugenia Vaz Ferreira, esquiva y casi uraña, como el Alfa del Centauro; se detiene fervorosamente ante Delmira Agustini, la otra estrella de primera magnitud en cualquier cielo, que, aun-